

„su persona, ni otro medio de tranquilizar sus Estados, „que desterrando á los Jesuitas.” Ved aquí una cosa *positiva*; así es como se ha de calumniar á los Jesuitas, ó dejar el oficio. Felices, no obstante, los Jesuitas si nunca hubieran tenido enemigos mas temibles que estos. Mas ya vamos á ver Reyes católicos, entregados al espíritu de vértigo, y á Ministros perversos, conjurándose contra ellos con un encarnizamiento increíble, ó dejándose arrastrar, por debilidad, en la conjuración; reunidos despues en este funesto complot, no descansaron hasta no haber trastornado y destruido á esos firmísimos apoyos de la Religión en sus Estados, á esos últimos antemurales de sus tronos atacados por todas partes, y ya próximos á desplomarse bajo los esfuerzos de la impiedad: y no se sabrá que admirar mas, si la ceguedad de esos Príncipes, ó la malignidad de sus consejeros (1).

(1) Los materiales de esta historia, de la que hasta hoy solo se habian publicado partes incompletas y sueltas, como ya lo hemos advertido, no eran de fácil reunion. De las obras impresas hemos consultado principalmente las Memorias del Marqués de Pombal, las Anécdotas sobre su ministerio, las Memorias de Georgel, las Memorias para la historia Eclesiástica del siglo 18, Luis XVI. destruido antes de ser Rey, por el Abate Proyart etc. Pero los hechos mas curiosos y mejor averiguados los hemos recogido principalmente de las piezas originales y manuscritos auténticos que nos ha proporcionado una correspondencia bastante extensa, con especialidad sobre lo ocasionado en Roma cuando la supresion de la Compañia de Jesus.



## EXPULSION DE LOS JESUITAS DE PORTUGAL.

**CARVALLO**, gentil-hombre Portugués, conocido luego por el nombre de Marqués de Pombal, despues de haber hecho sus ensayos en las carreras de la Jurisprudencia y de las armas, que no le produjeron ningun adelanto, se metió á diplomático y trató de introducirse en la corte del Rey Juan V. A fuerza de intrigas y protecciones, consiguió ser destinado para dos agencias, una á Inglaterra en que nada hizo, otra á Austria donde quedó completamente mal. Juan V, Príncipe sábio y pacífico, disgustado de un hombre, cuyo genio intrigante y ambicioso conocia, no quiso colocarle. Carvallo puso en movimiento á todos sus protectores para obtener cualquiera plaza en el Ministerio; pero en vano, porque desde la primera vez que se le habló al Monarca, contestó: «No me ha-

bleis de ese hombre; no lo conoceis; pondria en combustion todo mi Reino.» Lo que sigue hará ver si Juan V. juzgaba con acierto.

Murió este Príncipe en 1750, y dejó la corona á José su hijo mayor, Príncipe débil, tímido, voluptuoso, y á propósito para ser el juguete del primer ambicioso que tuviese la destreza de subyugarlo. Por desgracia Carvalho fué ese ambicioso. La Reina madre, que no lo apreciaba ni lo queria, tenia una tierna aficion á su muger, y esta aficion la sedujo hasta el grado de hacer proponer á Carvalho al nuevo Rey para Secretario de negocios extrangeros. Consultóse al P. Moreira, confesor del Rey: aprobó resueltamente la eleccion de Carvalho, lo mismo que los otros Jesuitas que tenian crédito en la corte, seducidos todos por los artificios de este hombre falso, que con la mira de conciliarse su estimacion y su amistad, habia algun tiempo que no omitia ni demostraciones de zelo, ni protestas de adhesion á la Religion y al bien público. Para engañarlos con mas seguridad, vistió el hábito de la Compañia á su hijo segundo, todavia niño, y despues de haberlo presentado al Monarca, lo llevó al P. Moreira, diciéndole: que iba á poner entre sus manos *un pequeño Apóstol*. Era esta una alusion á la costumbre que habia entonces en Portugal de dar á los Jesuitas el nombre de Apóstoles, título que debian á los trabajos de S. Francisco Xavier y de sus sucesores en las Indias. Este manejo hipócrita acabó de seducir al P. Moreira,

Religioso sábio y santo; pero ignorante en la ciencia de los hombres, y por lo mismo poco á propósito para una corte. Esta es la calificacion que hacia Juan V., hablando de él á sus superiores, con motivo de la eleccion que habian hecho en él para dirigir la conciencia de José, Príncipe entonces del Brasil. Veremos bien presto la recompensa que dió Carvalho al P. Moreira y sus hermanos. No miraba el nuevo Ministro su elevacion sino como un escalon para subir mas alto; nada se le hacia duro de cuanto podia aproximarle al término de su ambicion, es decir, á una autoridad absoluta y despótica, á la que apenas se podrá encontrar semejante en la historia de los Ministros mas poderosos y perversos.

El Rey José solo tenia hijas hembras en su matrimonio. Deseaba la nacion que María, la mayor de ellas, Princesa del Brasil, heredera presuntiva de la corona, casase con D. Pedro, hermano del Rey. Juan V. habia querido esta alianza, y obtenido de Roma las dispensas necesarias; la Reina madre lo deseaba igualmente. Pero Carvalho, que queria dominar, y dominar solo, supo ganar á José por su flaco: le inspiró sospechas sobre el carácter de D. Pedro, Príncipe amado de los grandes y del pueblo, por su afebilidad y sus cualidades sobresalientes, y en quien toda la nacion hubiera querido contemplar al heredero del trono. El le recordaba que siempre el nombre de Pedro habia sido funesto para Portugal, que Pedro I. se habia rebelado contra su padre; que Pe-

dro II. ayudado de la nobleza, había arrebatado la corona á su hermano Alfonso. «El III. (le añadía él) tiene por todas partes partidarios; si se efectúa el proyectado matrimonio y llega á tener un heredero. ¿Hasta dónde podrá llevar sus miras?» Estas artificiosas insinuaciones repetidas frecuentemente, y con cierto aire de franqueza y adhesión hácia la persona del Rey, hicieron todo el efecto que Carvalho intentaba sobre el espíritu débil y receloso del Monarca. Le hicieron concebir tal desconfianza de lo que podrían emprender D. Pedro y los grandes del Reino, que llegó á creer que no tenía en sus estados mas súbdito fiel que su Ministro, y se arrojó ciegamente en sus brazos.

La Reina Madre percibió esta trama odiosa, pero demasiado tarde; le fué imposible romperla, y todos los cuatro años que sobrevivió, tuvo que reprobarse el haber dado á su hijo un hombre, en el cual dividía al enemigo de su familia, al tirano de Portugal y al azote de la Religión. Es verdad que el matrimonio de que acabamos de hablar se verificó diez años despues, en 1760, por uno de aquellos resortes inexplicables que alguna vez hace jugar la Providencia para desconcertar la política de los hombres; pero costó caro á los que en ello tuvieron participio; el Nuncio del Papa fué echado indignamente, y hundidos en calabozos dos hermanos del Rey. Por este odioso tratamiento se podrá juzgar del que experimentaron los otros culpables menos ilustres, y lo que Car-

vallo podia ya entonces y osaba emprender para vengar su orgullo lastimado. Sea lo que fuere, la Reina Madre predijo á los Jesuitas, mas de una vez antes de morir, que tendrian en él el mas ingrato y mas cruel de sus enemigos, y bien presto justificó el suceso estas predicciones. Apenas cerró los ojos esta Princesa, cuando Carvalho, viéndose ya libre para emprenderlo todo, sacó del Rey un edicto, inaudito hasta entonces en los anales de la historia. Todo él estribaba sobre la voz vaga é incierta de que un incógnito habia asegurado, que un *Ministro de estado podria ser asesinado*; suponiendo el edicto la realidad de esta amenaza, que parecia ser invencion de Carvalho, declaraba que *semejantes discursos, vertidos contra los Ministros*, es decir, contra Carvalho, se debian reputar por crímenes de lesa-magestad. Se ordeñaba hacer sobre esto *informaciones continuas é ilimitadas*; se prometian, además, á todo delator 8500 francos, y cualquiera que omitiese denunciar, debia ser castigado como reo de lesa-magestad. Este inconcebible edicto se expidió con ocasion de las medidas tiránicas, que Carvalho acababa de tomar, para apoderarse de todo el comercio y hacer pasar la fortuna pública á sus manos. Estallaron murmuraciones por todas partes. Carvalho, armado de su edicto, las comprimó arresando infinidad de personas de que llenó las cárceles. Bien presto ya no fueron ellas suficientes, é hizo construir un gran número de subterranos, sin luz ni ventilacion en el re-

cinto de las casas reales, á lo largo del Tajo, y en los fuertes bañados por el flujo del mar. Por medio de espías que el Ministro tenia pagadas en todos los rincones del Reino, se poblaron estos espantosos calabozos de seculares, eclesiásticos y religiosos, que sin saber por qué, se encontraban repentinamente arrestados, y condenados sin forma de proceso, á un cautiverio mas duro que la muerte. Para ser tratado de esta manera, bastaba tener un enemigo que se hiciera delator, ó ser rico y no doblegarse al nuevo Seyano. Seguia siempre la confiscacion á la prision, y Carvallo sacó de aquí sumas inmensas que hizo transportar á paises extrangeros para proporcionarse un recurso en caso de desgracia.

Mientras la nobleza y el pueblo temblaban á vista de estos horrores, el Rey, por su parte, vivia en continuos sobresaltos, por la relacion de supuestas conjuraciones con que su Ministro no dejaba de espantar su pusilanimidad; ya no veía sino por los ojos de él; le miraba como á su escudo. En efecto, Carvallo aparentaba temer por sí mismo: representaba al Rey que los conjurados trabajaban en perderlo para perder despues á su Magestad, que no cesaban de ennegrecerlo, y que al fin y al cabo él sucumbiria á los dardos del odio y de la envidia, victima de su fidelidad y su adhesion. Añadia diestramente, que esperaba que el Rey tuviese á bien comunicarle lo que los traidores pudieran inventar contra él, pues estaba seguro de destruir todas sus ca-

lumnias. Cayó en la red el crédulo Monarca, y desde ese momento, infeliz del que osaba elevar una queja al pie del trono. Apoderóse el temor de todos los corazones, y ya no se atrevió nadie á acusarlo.

Carvallo, sin embargo, no estaba del todo seguro: temia que su tiranía se trasluciese, tarde ó temprano, por el conducto de los Jesuitas. Habia cuatro en la corte á mas del P. Moreira, confesores de los Príncipes y Princesas de la sangre, todos amados y respetados de la familia real. Carvallo resolvió alejarlos de ella á toda costa. Hizo entender al Rey, que abusaban de la confianza de D. Pedro para inspirarle sentimientos de rebelion; que disponian á su autojo de casi todos los grandes, á quienes habian educado, y que con tales apoyos podian emprenderlo todo contra el Príncipe legítimo. Puso al mismo tiempo en sus manos todos los libelos que habian aparecido contra la Compañia desde su nacimiento. José, prevenido muy de antemano contra D. Pedro, y naturalmente suspicaz, leyó los libelos que le presentaba su fiel Carvallo. Ignoraba que todas estas calumnias habian sido victoriosamente refutadas, y aun frecuentemente infamadas por ambas potestades: bebió todo el veneno, y desde entonces se prestó sin esfuerzo á las miras de su Ministro. Este supo aprovecharse de tales disposiciones: hizo imprimir y circular en el reino cuantas falsedades se habian inventado contra los Jesuitas, donde quicra que la heregia y la depravacion de costumbres habian hecho estra-

ges; y estas publicaciones produjeron sobre parte del pueblo el efecto que se habia prometido Carvalho. Creyó él entonces poder declararse y hacer contra ellos el primer ensayo de su poder, con ocasion de una compañía mercantil que acababa de establecer, en ventaja propia y detrimento de todo el comercio portugués. Habiendo predicado por ese tiempo uno de los Jesuitas de Lisboa, sobre el evangelio del día: *Facite vobis amicos de mammona iniquitatis*, lo acusó Carvalho de haber satirizado su compañía; nada habia dicho el predicador en que hiciese á ella la menor alusion; pero sin embargo fué desterrado por solo decirlo el Ministro. Al salir, entregó su sermón al P. Provincial con estas palabras en el márgen: «Juro que ni una sola palabra le varié al predicarlo.» En vano D. Pedro y el P. Moreira, instruidos de su inocencia, intercedieron por él al Rey. Otro Jesuita, á quien los negociantes de Lisboa preguntaron su opinion sobre la nueva compañía, habia respondido que la creía mas dañosa que útil; la franqueza, ó si se quiere, la imprudencia de esta respuesta, le atrajo igualmente el destierro. Con mayor rigor fueron tratados los negociantes: cuantos osaron firmar la representacion dirigida al Rey contra el monopolio establecido en favor de la compañía, fueron arruinados, desterrados, ó sumergidos en calabozos por el vengativo Carvalho. Aprovechó tambien esta ocasion para insinuar al Rey, que los Jesuitas que habian usurpado todo el comercio de la América, no

veían con buenos ojos el establecimiento de la nueva compañía; y eran ellos los que retraian á los particulares de imponer allí su dinero.

Tantas imputaciones, cuya negrura y falsedad se demostrarán mas adelante, parecia haber dispuesto al crédulo José á expulsar á los Jesuitas de la corte, y ya corria la especie en el público, cuando en 1.º de Noviembre de 1755 acaeció el horrible temblor de tierra que destruyó á Lisboa, é hizo de esta Ciudad opulenta y soberbia, un espectáculo de horror y compasion. Las siete casas que los Jesuitas tenian en Lisboa, quedaron semi-arruinadas; pero escaparon del fuego que devoró una gran parte de la Ciudad. Los muertos y moribundos fueron objeto de su caridad; reunieron en barracas, construidas apresuradamente, en sus jardines, á mas de trescientos heridos, á quienes alimentaron y curaron. Esta conducta pareció haber conmovido al Rey, haciéndolo retroceder de sus prevenciones: asignó una suma para redificar la casa profesa. Carvalho se irritó con esto mas y mas; criticó las prácticas de piedad sugeridas por los Jesuitas para excitar al pueblo á aplacar la cólera del cielo; hizo escribir y publicar por todas partes, que el temblor de tierra no provenia sino de causas puramente naturales.

Entre los Misioneros Jesuitas, se hacia notable el P. Malagrida, quien no satisfecho con predicar penitencia, habia publicado sobre esta materia una obri-lla, de la que repartió ejemplares á toda la familia real.

Este fué el origen del ódio que desde entonces le profesó el Ministro. Se enfureció á la vista de una obra que destruía sus aserciones irreligiosas: en su transporte tuvo el atrevimiento de arrancarla de manos del Rey como obra de un fanático, solo buena para soplar el espíritu de sedicion. Tenia además Carvalho otro motivo para deshacerse cuanto antes del P. Malagrida. Este Misionero habia llegado á persuadir al Rey que hiciése un retiro con la Reina y toda la familia real, y aun estaban ya tomadas las medidas para la ejecucion. Carvalho conoció que era perdido si se verificaba el retiro, y que el Rey se le escaparia quizá sin remedio. Un incidente que supo aprovechar, lo sacó del cuidado. Habia permitido el Rey al P. Malagrida fundar en Lisboa una casa de retiro: los costos debian ser erogados por su hermano D. Pedro. Desgraciadamente José, incapaz de ocultar nada á Carvalho, le manifestó el plan y el privilegio. A vista de ellos exclamó el bribon Ministro, que aquello era justamente cuanto se necesitaba para autorizar las asambleas clandestinas, y fomentar las conspiraciones. Exaltóse contra los ejercicios espirituales, que calificó de monadas, y contra los Jesuitas á quienes apellidó traidores, rebeldes y partidarios de D. Pedro. José, siempre trémulo á la voz de rebeliones y de conspiraciones, dió entrada en su espíritu cobarde á los temores y sospechas; el proyecto de retiro se abandonó, y fué desterrado el P. Malagrida. Carvalho, durante ese año de 1755 y el siguien-

te, no cesó de continuar sus maniobras contra los Jesuitas, buscándoles crímenes, ya en Europa y ya principalmente en América, de donde era menos fácil traer las pruebas de sus calumnias y de la inocencia de ellos. Intrigó, en fin, con tanta perseverancia y éxci-to, que hácia el fin de 1757 llegó á desterrarlos de la corte, y á impedirles toda comunicacion con la familia real. Los aduladores de Carvalho y algunos malos religiosos no dejaron de aplaudirlo; pero todos los otros, y con ellos la mayor parte de los grandes y del pueblo, vieron claro que la ruina de la Compañia arrastraria consigo la de los otros Ordenes, la del clero, de la piedad y costumbres públicas, y temblaron á vista de los males que resultarian á la patria. Carvalho no ocultaba sus proyectos: no temia decir que el Rey tenia facultad para hacer adoptar en su país la Religión que le agradase; «que seria una dicha para Portugal imitar á Inglaterra, dándose una Iglesia nacional etc.» Mas para llegar á su fin, le era preciso perder á los Jesuitas, y para esto desacreditarlos en la opinion pública. Esto fué lo que se propuso en un libelo demasiado famoso, que se imprimió por sus órdenes bajo el título de «*Relacion compendiosa de la República, que los Jesuitas de la Provincia de Portugal han establecido en las posesiones de ultramar, y de la guerra que han excitado y sostenido.*» Para concebir cuál era el fundamento de esta fábula, debemos tomar las cosas de mas alto, y considerar lo que pasaba en América. Pero noté-

más antes, que este nuevo libelo fué recibido con menosprecio general, y que lo que acabó de desacreditarlo entre los hombres sensatos, fué la conducta que en esta ocasion observó la corte de España, con mucha mortificación de Carvalho. La acogida con que ella honró ese libelo, fué condenarlo al fuego con otras obras del mismo género enviadas de Portugal. A ese primer acto de justicia, acompañó otro que no mortificó menos á Carvalho: ella publicó un proceso verbal, formado de oficio en el Paraguay por el Gobernador de la Plata, el cual desmentía en todos sus puntos la Relacion del Ministro portugués.

Nadie ignora que los Misioneros Jesuitas, á costa de sus sudores y de su sangre, habian procurado en principio del siglo XVII, civilizar las naciones feroces del centro de la América meridional, y traerlas al conocimiento y práctica del cristianismo. Habian logrado reunir un gran número de colonias salvajes, en habitaciones fijas conocidas con el nombre de *reducciones*, y casi todas situadas en las cercanías de los grandes ríos de Paraguay, de Uruguay, de Paraná etc. Estas naciones, al abrazar la fé cristiana, se habian sometido voluntariamente, por persuasion de sus Misioneros, casi todos españoles, á la dominacion de los Reyes de España, cuyo poder los protegía contra los insultos de los portugueses del Brasil, mediante un ligero tributo y un servicio militar en caso de invasion. Los Jesuitas, únicos fundadores y padres espirituales de estas colonias, sobrevigila-

ban tambien su administracion temporal, y la entrada á ellas estaba rigorosamente prohibida por los Reyes de España á los extrangeros, quienes no aparecian allí, sino para llevar los vicios de Europa, ó procurar hacer esclavos, segun lo habia acreditado la experiencia. No entraremos en el pormenor de lo que esas colonias ofrecen de edificante y admirable en sus leyes y usos, en las costumbres y virtudes de sus habitantes, indignos en otro tiempo, del nombre de hombres, y merecedores desde su conversion de servir de modelos á las mas santas y mas felices sociedades. Basta recoger el testimonio de algunos escritores que elegiremos de entre la secta filosófica. Véamos las confesiones que les han arrancado la fuerza y la evidencia de la verdad.

«El Paraguay, dice Montesquieu, nos puede ministran un ejemplo de esas instituciones singulares, hechas para elevar los pueblos á la virtud. Se ha querido acriminar á la Compañia de Jesus. Es glorioso para ella haber sido la primera, que mostró en esas comarcas la idea de la Religion unida á la de la humanidad: ella, reparando la devastacion de los españoles, comenzó á curar una de las mayores llagas que ha recibido hasta hoy el humano linage. Un sentimiento esquisito hácia todo lo que ella llama honor, y su zelo por la Religion, le hicieron emprender grandes cosas y salirse con ellas.» (*Espíritu de las leyes* cap. 6).

«Las Misiones, dice Buffon, han formado mas hom-